

de todo dogmatismo y que considere sus propias actividades como las de un artista, no desprovisto de ciencia por supuesto, pero cuyo éxito dependerá principalmente de sus oportunas intuiciones, de la simpatía que ponga para penetrar el alma del niño y de sus acertadas invenciones en materia de métodos y de procedimientos.

De lo dicho se desprende aún la concepción de un Instituto Pedagógico como un centro que, fuera de ser un plantel de cultura e investigación científicas, constituya un laboratorio en que se estudien y preparen las reformas que vayan siendo necesarias, de manera que éstas se puedan llevar a cabo sin precipitaciones que sólo traen como consecuencia el retroceso. Sería un laboratorio que, sin perjuicio de las observaciones indicadoras de futuros mejoramientos que se hicieran en otros establecimientos, vendría a incorporar de una manera orgánica y constante el espíritu de renovación en la vida educacional del país.—ENRIQUE MOLINA.

<https://doi.org/10.29393/At53-7TPRM10007>

Tres poetas españoles

NO puede hablarse seriamente de decadencia en la poesía española. Cada época propone nuevos temas a sus espíritus directores y un nuevo lenguaje va naciendo que traduzca ese fervor. Así en poesía como en economía o en política.

La revolución de Rubén Darío enriqueció el instrumento lírico castellano. No fué, como muchos creyeron, el abandono de la tradición. Fué la vuelta a una tradición abandonada: la de don Luis de Góngora y Argote.

Y hoy asistimos a una agudización del gongorismo.

En los *Romances Gitanos* de Federico García Lorca canta el gallo matinal de las leyendas populares. Garbo, bizarría, registro amplio, claro, resonante. Pero es un gallo que ha leído y ha estudiado, con fruto, la flor de la poesía gongorina.

Y anotemos, de paso, esta cualidad de los nuevos poetas: leen, estudian, se cultivan. Se hunden braceando en la alta mar de la tradición. Regresan cargados de tesoros que, pareciendo inauditos, estaban latiendo en las entrañas del alma de

la raza. Sólo esperaban una voz que los sacara a conocer el vasto mundo.

Ya no podrá prosperar la visión del poeta romántico, sublime y analfabeto. Menos gesticulante, más humilde, el poeta de hoy cala también más hondo y se enamora menos de las superficies.

El Paraíso Desdeñado (1) puede considerarse un libro de transición. Su autor, Mauricio Bacarisse, intentaba en 1928—fecha de la obra—sus experimentos del nuevo estilo.

Yo tuve un alba y una alondra
que me sacó pepitas de oro
del claro río de la luz sonora,
del río de mi gozo;

y yo las fuí juntando todas
sin afán de lucro ni adorno.
Mas cada noche sin dormir me roba
parte de mi tesoro,

y las tinieblas, aun con rosas,
más que fragancia son agobio.
Se me secó mi manantial de aurora,
aunque lloran mis ojos.

He aquí una burla para quienes ven en la poesía moderna una antología de disparates e incoherencias. Huye el poeta los trillados senderos. Busca, en selectas palabras, su forma dilecta, y hundido en la tradición, apegado, como un niño al pezón de la madre, al corazón de la raza, levanta al sol en áureo vaso el generoso licor cordial. Y si en su busca bordea el disparate y cae en su abismo ridículo y sorpresivo, ha cumplido una etapa heroica: el fracaso en la forja de una forma nueva.

Bacarisse combina domésticas visiones eglógicas con musculadas imágenes audaces.

Vuela una aroma de membrillos rubios,
ropa recién planchada y cera virgen.
El comedor de luz está inundado
como una perla. Espejeantes, gimen
las suaves tablas bajo el sol de otoño.
(Entarimado, copiador de imágenes,
que hueles a mastranzo, ¿por qué sufres

(1) *Cuadernos Literarios*, Madrid, 1928 (Pág. 36).

de mis pies y mi silla estos vejámenes?)
He trabajado tanto que no gozo
de esta anodina paz como debiera...
¡Y vine ayer! Lamento haber dejado
el rudo trajinar de mis tareas.
Son mis sentidos destetados niños
del rumor del barullo de la fábrica
donde jadean los bruñidos émbolos
en la gimnasia sueca de las máquinas.
(Págs. 39-40.)

Poeta español, no podía librarse de pensar en la muerte. Y lo hace con plácida delectación:

Recordarán los cirios el panal y el enjambre;
las cuatro tablas toscas, más que la fruta, el nido;
y los paños con orla de oro—adusto estambre—
el esquileo que endulzó el balido.

Permaneceré inmóvil, desconcertante, extraño,
con la frente de lodo, con los labios de cera,
con el pelo, reliquia de fuga de rebaño...
Fuí carnero, pardal, melera obrera.

Y en mi ya papandujo párpado, una moscarda
desleirá las sales de mi emoción final,
y en la órbita de vidrio irá su trompa parda
a extraer sangre de mi lagrimal.
(Pág. 49.)

En un tono discreto e íntimo este poeta busca su expresión.

Aunque escrito en 1924, más logrado me parece el *Manual de Espumas* (1) de Gerardo Diego. Nadie ha reparado aquí en este libro y por eso creo que no estará de más dedicarle un breve comentario. Nunca será tarde para hablar de una bella y original obra de poeta.

Bella y original, aunque la sombra del divino don Luis se proyecte sobre estas imponderables espumas. Lo cual no quiere decir que Diego sea un influído del modo gongorino. «Mi poesía es mía en mí» puede decir con Rubén. Se señala la acción de Góngora como libertador a través de tres siglos.

Para mí esta es una voz nueva en lengua castellana:

El mantel jirón del cielo
es mi estandarte
y el licor del poniente
da su reflejo al arte

(1) *Cuadernos Literarios*, Madrid, 1924.

Yo prefiero el mar cerrado
y al sol le pongo sordina
mi poesía y las manzanas
hacen la atmósfera más fina

En medio la guitarra

Amémosla

Ella recoge el aire circundante
Es el desnudo nuevo
venus del siglo o madona sin infante.

Bajo sus cuerdas los ríos pasan
y los pájaros beben el agua sin mancharla

Después de ver el cuadro
la luna es más precisa
y la vida más bella
El espejo doméstico ensaya una sonrisa
y en un trasporte de pasión
canta el agua enjaulada en la botella

(Págs. 54-55).

Hasta la disposición tipográfica y la falta de puntuación dan claridad y gracia al pequeño cuadro del poema.

Porque, al revés de lo que piensan los enemigos de la nueva poesía, no hay el propósito de enturbiar el agua para que aparezca profunda. Asistimos a un proceso de simplificación. Se trata de despojar de su oropel a la retórica y mostrar el oro desnudo. Así la belleza conquistará a quienes de verdad sepan amarla.

Y, sin trascendentales preocupaciones, se trata amablemente de olvidar el sentido común y dejarse arrullar por un humorismo liviano, higiénico y saludable.

Esta *novela* me parece realizar tan humanitario deseo:

La verja del jardín se ha cruzado de brazos
El viento ladra entre los troncos
El auto que pasaba se llevó los sollozos
y apaciguó el estanque

Diríase que el sol
se ha burlado del parque

He aquí los tres policías
a investigar el rapto
buscando huellas de la huida
por las teclas del piano

lírlica y ajustada resonancia. Dios me libre de incurrir en tan craso lugar común. Sé que Diego escribió admirables versos bien medidos, rimados y situados. Lo sé lastrado de una rica experiencia clásica. Y sé que este manual que ha escrito jugando es el ensayo de un nuevo estilo. Por eso no sabría decirle que volviera atrás. Quiere en él la poesía ser más poesía. Hay en él voluntad de purificar la expresión poética para hacer-nos, por el verbo, contemplar las esencias.

Temeraria empresa que se cumple jugando.

Un libro fino de sobria cubierta. En letras negras, el nombre del autor: Rafael Alberti. En rojos caracteres, el título de la obra: *Cal y Canto* (1). Viril arquitectura desnuda de inútiles decoraciones.

Sigue acompañándonos don Luis de Góngora y Argote. Como que Alberti, en una paráfrasis incompleta, se atreve a continuar las *Soledades* del canónigo de Córdoba.

Conchas y verdes líquenes salados,
 los dormidos cabellos todavía,
 al de una piedra sueño, traje umbroso
 vistiendo estaban, cuando desvelados,
 cítaras ya, esparcidos,
 por la del viento lengua larga y fría
 templados y pulsados
 fueron y repetidos,
 que el joven caminante su reposo
 vió, música segura,
 volar y, estrella pura,
 diluirse en la Lira, perezoso.

De cometa, la cola
 celeste y transatlántica, cosida
 al hombro por un ártico lucero;
 mitra en la almena de su frente sola;
 la barba, derretida,
 de doble río helado
 y luna azul de enero;
 grave ante el asombrado
 y atento alborear del peregrino,
 de su verde cayado
 haciendo cortesía,
 rudo, se sonreía
 el viento de la selva y el camino.

(Págs. 84-85.)

(1) *Revista de Occidente*, Madrid, 1929.

Y sigue. Porque esta es una transcripción incompleta de la paráfrasis incompleta. Sólo queríamos mostrar la resonancia de la voz de don Luis en este poeta de hoy.

Porque esta «voluntad de amaneramiento» de que hablaba el ex-profesor de la Universidad de Madrid se cumple y pristiniza en la obra de Alberti con una fatalidad biológica. Así la naturaleza produce tréboles de cuatro hojas y Rubén escribe su soneto de trece versos.

Pero yo no sabría hacer elogio más alto de un poeta que repetir, como una incitación a los buscadores de pepitas de oro, los versos con que canta a Araceli:

No si de arcángel triste, ya nevados
los copos, sobre tí, de sus dos velas.
Sí de serios jazmines, por estelas
de ojos dulces, celestes, resbalados.

No si de cisnes sobre ti cuajados,
del cristal exprimidas carabelas.
Sí de luna sin habla cuando vuelas
sí de mármoles mudos, deshelados.

Ara del cielo, dime de qué eres,
si de pluma de arcángel y jazmines,
si de líquido mármol de alba y pluma.

De marfil naces y de marfil mueres,
confinada y florida de jardines
lacustres de dorada y verde espuma.

(Págs. 12-13.)

Maravilloso y cristalino amaneramiento. Porque, estando tan cerca de don Luis, estamos tan lejos de Rubén. Ninguna de las gemas verbales del nicaragüense en las que había deslumbramientos de vírgenes de tierras inéditas. Aquí se cuaja en cristal la perla de siglos, purificada y decantada. Alberti, como su maestro Góngora, es un clásico del amaneramiento. Rubén fué un camino. Fué una fuerza de la naturaleza y una categoría de la inteligencia y así, apolíneo y dionisiaco, tuvo en sus tristes manos de indio toda la flauta y toda la lira. El llamó al banquete de la nueva poesía, y efebos impetuosos coronaron de tirsos a ninfas esquivas.

El gesto del maestro, repitiéndose con empalagosa insistencia en España y América, empezó a gastarse como una noble moneda entregada a la caricia sensual de manos codiciosas. Quedaba siempre el cuño de noble perfil prócer burilado por el sufrimiento.

Siguió entonces la busca de nuevos caminos. Se llamaron

a concurso todas las literaturas exóticas: el Oriente llevó una ola de confusión y vaguedad mental; Norte América los rasca-cielos de hierro y cemento de Walt Whitman; Francia un decadente violín de hospital lleno de infinita gracia dolorosa; el Japón, oriente occidentalizado, el hay-kay que tiene la gracia del chorro de una fuente que salta y desaparece.

Estaban los españoles buscándose, buscándose, y después de tres siglos encontraron a don Luis de Góngora y Argote. Se enfrentaron a la gran figura no para reverenciarla en pasiva y servil adoración sino para que cada uno diera al viento la canción del Luis de Góngora que llevaba dormido bajo el pecho. El excelso y humilde poeta inédito que apretaba su canto contra su corazón.

No hay, pues, que indignarse porque el arte nuevo no produzca obras capitales. Y las está produciendo. Y hay que pensar que cualquier descalabro, si lo hubiere, tendría el significado heroico del sacrificio en el ara. Hollar los trillados senderos es cómoda empresa sin gloria ni riesgo. El bello peligro, la divina aventura está en trazarse con las manos el camino.

Y el lector, con una dosis cordial de buen sentido, debe acostumbrarse a pensar que cuando no entiende un libro no siempre el autor tiene la culpa. Un pequeño llamado a la meditación antes del gesto iracundo de la impaciencia.

Así, lector y autor, cada uno en su punto de vista, serán los colaboradores y protagonistas del arte que hoy se está haciendo en el mundo.—ROBERTO MEZA FUENTES.

Los ríos creadores



LA orilla de los grandes ríos se desarrollan tarde o temprano las civilizaciones. Hay ríos que ya parecen haber rendido todos sus frutos de cultura; ríos exhaustos de posibilidades aún cuando todavía estén ricos de caudal. Del Nilo, del Ganges, ¿qué puede salir que iguale a lo que ya ha salido? Hay otros ríos como el Río Bravo o Río Grande que por su escaso caudal llevan milenios de alimentar civilizaciones menores, civilizaciones de reflejo: eternas fronteras de pueblos. Y hay otros ríos, como el Colorado, ríos que todavía no rinden su fruto. El Colorado se hunde, se pierde en el gran Cañón y no han podido, no pueden todavía los hom-